

EN CHILE, EN MEXICO, EN CUALQUIER PARTE

por EDMOND JAN OSMANCZYK

De la revista "Przekrój", 1965-66

Edmond Jan Osmanczyk, el autor de este artículo que publica la revista "Przekrój" (El Corte), de Varsovia, es un distinguido escritor polaco, autor de una decena de libros, y periodista de prestigio internacional. Desde hace años sirve el cargo de Director de la Agencia Polaca de Noticias en la América Latina, primeramente en Río de Janeiro —desde donde hubo de salir a raíz del golpe militar que elevó al poder al actual gobierno brasileño— y actualmente en la hospitalaria ciudad de México.

Jan Osmanczyk —nuestro recordado amigo Janek— ha estado en Chile en numerosas ocasiones, es decir, cada vez que sucede algún acontecimiento importante en nuestro lejano país. Para comprender mejor lo que él expresa en este cariñoso recuerdo de Chile, es necesario decir que Osmanczyk padeció las mayores torturas durante la Segunda Guerra Mundial, a manos de

los verdugos hitlerianos. En su humor refinado, en la sonrisa que siempre esboza mientras se comunica con los demás, no se oculta del todo el fondo de una existencia trágica, que si bien ya terminó, sigue reproduciéndose en los sueños. Conozco más de un caso de éstos. Por desgracia, Janek Osmanczyk, víctima dolorosa del militarismo, aun hasta después de la debacle nazi (en cierto modo, también —y aunque por otras vías— el período stalinista hizo víctimas en Polonia), había de encontrarse de nuevo con el flagelo militarista y experimentarlo en dos grandes países latinoamericanos, en donde cumplía funciones periodísticas. El no lo dice pero nosotros lo sabemos. Si bien estamos asimismo informados de su vía crucis europeo durante el terror pardo, jamás él nos habló de aquello. Siquiera soñarlo es ya demasiado. (Nota del Director del Boletín).

Yo sé lo difícil que será para ustedes comprenderlo. Viven en el confín del mundo y casi toda la historia contemporánea de nuestro globo transcurrió lejos de ustedes. La conocen por los periódicos, por los libros, fotografías y películas. No es un reproche . . . Es envidia. La envidia humana por las condiciones humanas de vida. Aun más les diré —y no se enfaden, por favor— les envidio esas calamidades tectónicas que moldearon el carácter de vuestra nación. Les envidio que puedan dormir sin temer a sus semejantes. Yo sé que ustedes duermen como unos lirones y sólo tienen abiertos —no los ojos— sino los oídos, para percibir al instante la aproximación —factible en cualquier segundo— de la onda sísmica homicida desde las entrañas de la tierra o del mar: el terremoto o el maremoto.

Les envidio, pues, que vivan humanamente: sólo con el ancestral temor humano a las fuerzas de la naturaleza, las que, al parecer, jamás serán domeñadas, porque, ¿cómo y con qué los hombres apagarían los volcanes?

Así, pues, lo mismo en Chile que ahora aquí, en México, donde nos depararon una gran alegría con su visita, duermo como un niño. Recuerden que entonces, en Chile, ante el escándalo de ustedes, me quedé dormido durante aquel remezón del dios subterráneo, descrito más tarde por la prensa de todo el mundo. Y ahora me acaba de suceder lo mismo en México, pese a los seis grados de la escala de Richter . . . ¡Qué le vamos a hacer! Soy un producto de la Europa del siglo xx: me fío más de la naturaleza que de los hombres. Y cuando despierto aquí en plena noche con un grito desesperado, no es por miedo al terremoto provocado por las satánicas fuerzas subterráneas, sino por miedo a los hombres.

Y justamente, por sentirme tan bien, tan tranquilo y feliz en vuestro Chile y aho-

ra en “mi” México, despierto todas las mañanas airado, porque mis sueños, al fin serenos, sufren de nuevo la irrupción de gentes que viven muy lejos, porque a una distancia mayor que entre México y Chile, gentes que vivieron hace un cuarto de siglo, pero que en su mayoría parecen seguir viviendo, gentes malvadas que, desde hace casi un cuarto de siglo, invaden noche a noche mis sueños y los sueños de docenas de sobrevivientes como yo, a dondequiera que nos hayan arrojado los destinos, entonces o más tarde. Hasta en Chile, hasta en México, en cualquier parte . . .

Les daré el ejemplo más reciente. Cuando ayer, antes de medianoche, salieron ustedes de nuestra casa dejando tras sí el calor del maravilloso sol de Chile y el magnífico y panzudo garrafón enmimbrado del “Gran Vino” tinto de Chile que semi-vacíamos entre todos —les reitero aquí mil gracias por el obsequio— le dije a mi mujer: “Hoy dormiré como un ángel y si voy a soñar con algo, será un sueño “hermoso como el sol de Chile” o “benéfico como el aire montañoso de México”. Oí todavía la respuesta de mi mujer: “Por Dios, ¡qué bueno es tener amigos en todas partes! Hasta en el extremo del mundo . . .” —y me dormí. Y, realmente, tuve, lo que se dice un sueño seráfico, en que los paisajes chilenos y mexicanos, las gentes mexicanas y chilenas, la música y los colores de ambos países —todo, en fin, era para nosotros bueno, amable y querido . . .

Mas, de pronto, una fuerza desconocida nos arrojó a un tétrico paraje andino de la zona fronteriza entre dos países americanos. Y partiendo de ese país vecino arremetieron contra nosotros y contra miles de gentes indefensas esos mismos hombres malos de hace un cuarto de siglo y comenzaron a fustigar a unos con laques de acero flexible llamados “Todschläger (látigos mortíferos) y a colocar a otros al pie de una duna mortalmente blanca, a amarrarles las manos y a amordazarles con yeso. Y a nosotros, a ustedes y a todos nuestros amigos y conocidos chilenos y mexicanos que de repente surgieron a nuestro lado, nos entregaron palas, en cuyos mangos aparecía, grabada a fuego, la leyenda negra: “ORGANIZATION TODT”.

¡No! Esto no significa “Organización de la muerte”, sino “Organización del ingeniero Todt”, un nazi excepcionalmente decente, quien estimaba que, antes de que la Gestapo y las ss acabaran de exterminar a los polacos, judíos, yugoslavos, etc., éstos debieran trabajar un poco en provecho de los caminos, los canales y trincheras del Tercer Reich . . .

En cuanto vi que debíamos de nuevo cavar tumbas para los fusilados, aunque esta vez en compañía de ustedes y de una multitud de chilenos y mexicanos, me serené, pues ya me di cuenta de que estaba soñando, y, lo que es más, de que se me presentaba una ocasión única para llamar a todos ustedes como testigos y acudir todos juntos ante las Naciones Unidas y presentar a la Asamblea General las pruebas de

que aquel genocidio aún perdura. ¡Sigue cometiéndose! Y siempre permanece *vivo* para matar a cada vez más gente.

¿Y las pruebas? Bueno, los mangos del año 1940 con la leyenda grabada a fuego, puestos en nuestras manos en el año 1965, en un tétrico paraje andino . . .

Liberado, gracias a vuestra presencia, del sombrío terror de aquellos tiempos, impartí la orden de sublevarse, y entre todos estrellamos las palas sobre la cabeza de los genocidas, y después, gracias a vuestra presencia, portando los míseros restos de los mangos rotos, avanzamos en un magnífico desfile hasta el vítreo armado de 42 pisos de la ONU, donde erigimos con los palos de madera una pila tan alta —sí, pueden creérmelo— tan alta como aquel palacio, de suerte que hasta el bondadoso y realmente muy comprensivo secretario general de las Naciones Unidas, U Thant, al contemplarla desde su trigésimooctavo piso, se extrañaba de que aún quedaran tantos vestigios de la —según decía— “Organization Death”, pues tampoco él distinguía entre la palabra “Tod” (muerte) y el apellido del ingeniero Todt.

Fueron aquellos unos instantes de triunfo para mí, por lo que, antes de reanudar el seráfico sueño, decidí conservar el recuerdo de aquel insólito encuentro: dos astillas del mango de mi pala. Las metí en el bolsillo y después de regresar a casa las puse sobre la mesa para decidir hoy con ustedes la manera de colocarlas en la “pared de honor”, adornada con una carta que recibí de la Cancillería de Hitler, fechada el 2 de mayo de 1945; con una lanza del amazonas, una flor de la Antártica y un alga de la Isla Negra de Pablo Neruda . . .

Me preguntan ustedes ¿dónde están esas astillas? ¿Que no están? En efecto, no las hay. ¿Y por qué? ¿Acaso porque soñé con todo esto? ¡No, queridos amigos! Pregunten a nuestra mucama, la buena india de Oaxaca, qué es lo que hizo esta mañana al notar sobre la mesa limpia unos trocitos sucios de madera.

—“Los quemé, pues no servían para nada . . .” Ya conocen su respuesta. Ahora piensan ustedes sin duda que me refiero a unos trozos de mimbre que se desprendieron ayer al desempaquetar el garrafón y con los que jugué distraidamente mientras estábamos todos sentados a la mesa, ¿eh? ¡No! No, mis queridos amigos del confín del mundo. Con toda seguridad sucedió tal y como se los conté. Pero comprendo que ustedes no puedan concebirlo. Son ustedes, realmente, unos elegidos de la fortuna, porque les es más fácil en este mundo presentir y comprender la monstruosidad de las entrañas de la tierra y de los océanos que la de los hombres.